

La niñas abandonadas de Saint-Nizier

Aquella tarde de invierno prometía un anochecer temprano. El cielo estaba plumizo, como de panza de burra, y de vez en cuando dejaba escapar algunos copos de nieve grises, casi líquidos, que al llegar al suelo formaban una pasta fría y sucia.

No era un día para estar en la calle, así que Coindre, que había ido a la catedral de San Juan de Lyon para una visita de cortesía, volvía apresuradamente a su casa en “los cartujos” de la Croix-Rousse. Como muchos otros días, desvió su camino, de forma casi involuntaria, para ir por la iglesia de Saint-Nizier, la parroquia de su infancia, la cuna de su fe. Al pasar junto a la fachada gótica de la iglesia, levantó el cuello de su gabán para tratar de protegerse de la ráfaga helada que llegaba en aquel momento desde las orillas del Saona. Se santiguó con devoción y se dispuso a seguir apresuradamente su camino. Vio, sin embargo, como de refilón, una sombra inmóvil en el vano izquierdo de la portada del templo. Se detuvo de inmediato. Volvió la vista hacia el lugar donde estaba la sombra. Se acercó con cuidado, algo temeroso. Suspiró aliviado. Solo eran dos niñas que habían encontrado cobijo en ese pórtico, en aquella tarde de perros. La mayor tendría unos 10 años. Temblaba con todo el cuerpo y sus dientes castañeteaban sin pausa, ajenos a la voluntad. La pequeña, de unos siete años, dormía en su regazo.

—Hace mucho frío. ¿Por qué no os vais a casa?

—Estamos bien aquí —respondió la niña encogiéndose, todavía más, sobre sí misma.

—No podéis quedaros aquí; se va a hacer de noche y tenéis que ir a casa. ¿Cómo te llamas?

—Virginie —respondió la niña.

—Y tu hermana —dijo el sacerdote señalando a la más pequeña, que acababa de abrir unos ojos infantiles y somnolientos, pero que mostraban el desencanto de una vida sin futuro.

—No es mi hermana. Es una amiga. Se llama a Suzanne.

—Venga, vamos a casa —dijo el sacerdote tomándola del brazo y ayudándole a incorporarse del frío banco de piedra que les servía como incómodo asiento.

—No quiero ir a casa —dijo la niña apartando el brazo con determinación—. No podemos volver a casa.

—¿Por qué? —respondió el padre Coindre, que acababa de darse cuenta de que había algo oculto en la actitud de la niña —¿Por qué no podéis volver a casa?

—Mi madre me ha dicho que no vuelva sin dinero, que ya se acabado el comer la sopa boba. En casa hay muchas bocas que alimentar, y no llega para todos. He buscado un taller en el que trabajar, pero nadie me necesita.

—Y ella —dijo el padre Coindre señalando a la niña pequeña que ya se había incorporado del todo y permanecía inmóvil, como ajena al sufrimiento y a la pena.

—No tiene ninguna casa donde volver. Es huérfana. Nos hemos encontrado en la calle. Las dos buscamos trabajo.

—No podéis quedaros aquí a pasar la noche. Os vais a helar de frío. Vamos —dijo con determinación el sacerdote tomando de la mano a la más pequeña y encaminándose hacia las primeras escaleras de la Grande Côte, la famosa calle en pendiente que les iba a llevar hasta la Croix-Rousse.

Coindre caminaba sujetando la mano de la niña, que de vez en cuando se quedaba atrás y tenía que dar unos pasos apresurados para llegar a la altura del sacerdote. La niña mayor les seguía un poco más atrás, aliviada aunque algo temerosa. ¿Dónde les llevaba este sacerdote?

Una pregunta para la que Coindre tampoco tenía respuesta. Mientras subía la cuesta, iba descartando alternativas, así que caminaba de forma automática hacia su casa, la Maison Carré de la Cartuja, que compartía con otros sacerdotes. Allí no había sitio ni era posible que las niñas pasaran la noche.

De repente, surgió una luz que venía a disipar las tinieblas de su indecisión. Las Hermanas de San José habían alquilado, allí mismo, una antigua celda del convento, y esa podía ser la solución. Las monjas tenían una providencia en la que habían recogido algunas niñas, muy pocas, porque el espacio no daba para más. También disponían de un par de telares que servían para dar trabajo a las niñas y para mantener la providencia. “Ojalá que encuentren aquí un trabajo y un refugio”, dijo el sacerdote mientras llamaba a la puerta de la modesta casa de dos pisos.

—Buenas noches —salió a abrir la Hermana Rose, una oronda y sonriente religiosa que desbordaba amor y sonrisas.

—Buenas noches Hermana —dijo Coindre devolviendo su mejor sonrisa y adelantando a las niñas para que estuvieran en el primer lugar de aquella conversación—. He recogido a estas niñas en el pórtico de Saint Nizier. Una me dice que no pueden volver a casa y la otra que no tiene casa donde volver. He pensado que ustedes podrían tener un sitio en la providencia.

—Lo siento padre Coindre —dijo la religiosa mirando a las niñas con simpatía—. Como usted ve —y se apartó un poco de la puerta—, esto es muy pequeño y lo tenemos lleno. Aquí ya no cabe un alfiler.

Efectivamente, en aquella sala había dos religiosas, además de la Hermana Rose, y media docena de niñas que en aquellos momentos estaban ocupadas en recoger los utensilios de la cena. Hablaban en voz baja entre ellas. La estancia era muy pobre, pero había un pequeño fuego en la chimenea y el ambiente era de alegría y cariño.

—Lo sé hermana, pero esto es una emergencia —dijo el Padre Coindre empujando imperceptiblemente un poquito más a las niñas hacia dentro, como si rebasar el umbral fuera gran parte del éxito—. Las dos pueden trabajar en los telares y ganar su propio sustento.

—Se lo digo de verdad, Padre Coindre. Estamos al límite. Tendríamos que prepararles un sitio para dormir, buscar algo de cena, y a estas horas...—se excusaba la buena Hermana Rose, mientras miraba alternativamente a las niñas que habían comenzado a llorar al unísono al sentirse, una vez más, rechazadas.

—Por favor hermana quédeselas solo por esta noche y mañana prometo buscar otro alojamiento —prosiguió Coindre juntando las manos en un gesto de súplica.

A la Hermana Rose ya la había vencido el corazón. Conocía muy poco aquel joven sacerdote que acaba de llegar a Lyon, pero se había enterado que era un gran orador y que se desvivía por los

pobres, así que se dejó llevar por la intuición femenina y pareció acceder con un gesto de las manos a la vez que dejaba la puerta libre para que las niñas pudieran pasar.

–De acuerdo, padre Coindre, pero solo por esta noche. Mañana lo espero.

Gracias hermana. Prometido. Solo por esta noche, como mucho dos, dijo con una sonrisa– y salió rápidamente antes de que la hermana tuviera tiempo de replicar.

“Otra vez metido en líos”, dijo para sí Coindre cuando al cabo de pocos minutos entraba en su habitación de la Maison Carrée de la Cartuja de Lyon.